LEOPOLDO DE LUIS

EL EXTRAÑO

ÁGORA / MADRID

LEOPOLDO DE LUIS

nació en Córdoba el año 1918. Ha publicado los siguientes libros: *Alba del hijo,* "Mensajes", Madrid, 1946; *Huésped de un tiempo sombrío,* "Norte", San Sebastián, 1948; *Los imposibles pájaros,* "Adonais", Madrid, 1949; *Los horizontes,* "Planas de Poesía", Las Palmas, 1951; *Elegía en Otoño,* "Neblí", Madrid, 1952; *El árbol y otros poemas,* "Tito Hombre", Santander, 1954; *El padre,* "Mirto y Laurel", Melilla, 1954.

Con *El extraño,* que ahora publicamos en esta Colección, obtuvo Leopoldo de Luis el premio que concede el Ateneo de Cádiz con el nombre de "Premio José María Pemán". Ha obtenido otros varios en diferentes concursos, tanto para poemas sueltos, como el "Premio Índice", de la revista de este título, de Madrid, y el "Premio Pedro Salinas", del Ateneo de Méjico, como para libros completos, tales el "Escultor José María Palma", de la Colección "Mirto y Laurel", y el accésit del "Premio Boscán" 1953.

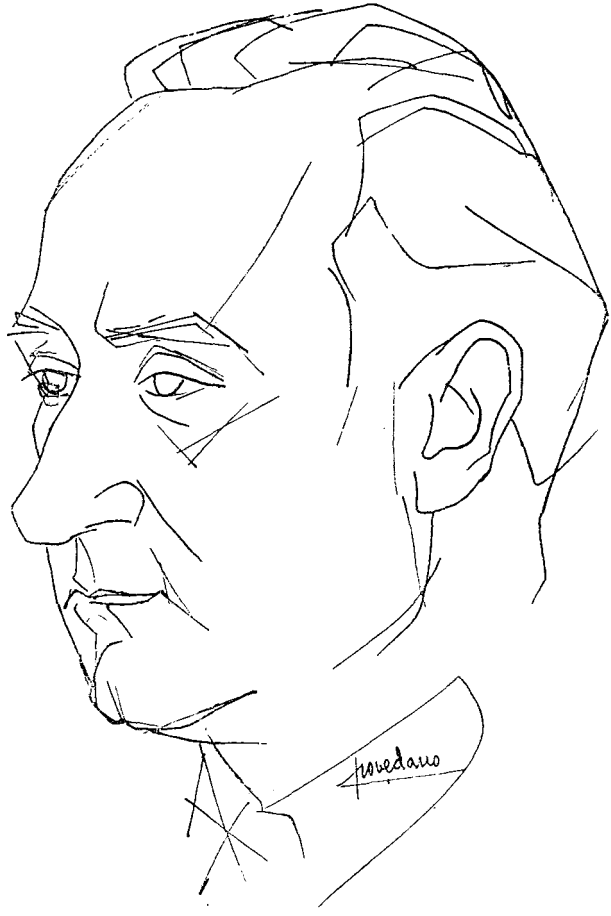
De *El extraño* hizo una primera edición el Ateneo de Cádiz.

LEOPOLDO DE LUIS

EL EXTRAÑO

2

COLECCIÓN ÁGORA


Rosedano

LEOPOLDO DE LUIS

EL EXTRAÑO

ÁGORA / MADRID

EDICIONES ÁGORA
Av. José Antonio, 31. Madrid.

Director:
RAFAEL MILLÁN

Dibujo de Antonio Povedano.

Es propiedad del autor. Reservados todos los derechos.

Impreso en Gráficas Orbe. Padilla, 82, Madrid.

A Ramón de Garcíasol

"Laborarás la tierra y no te dará su fuerza: errante y extranjero serás."

"Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió y parió a Henoch; y edificó una ciudad."

EL GÉNESIS

NACE la luz, el día nace
sobre los huesos de la tierra.
El agua es agua. El árbol, árbol.
La rosa, rosa. El aire vuela.
A la caricia de la luz
florece el llanto de la hierba.
Sabe la fruta de la vida
con su sabor de pulpa nueva
entre los dientes animales
blancos de herida luz violenta.
Sube el calor arrebatado
al ojo frío de la fiera

y la espina letal y ardiente
del áspid húmedo a la lengua.
Cobra su hielo de desgarros
la dentadura que vulnera
y en la garra nace el clavel
de la roja obsesión sangrienta.
La ortiga enciende el fuego lento,
azul y verde, de su hoguera
y entre unos dedos de cizaña
la semilla su cuello eleva.

Nace la luz. El día nace
sobre la piel gris de la tierra.

Con una mano enrojecida
su corazón el hombre aprieta,
con la otra empuña un hueso triste
y entre sus ojos se alimenta
una amarilla y torva llama
donde el rencor su brillo encuentra.

Pasa dejando mudamente
—barro y dolor— sombría huella.
Nace la luz. El día nace
sobre los huesos de la tierra.
Dios implacable, duramente,
desde su hielo lo contempla.

EL REBAÑO

A veces los corderos bajaban como nubes
cálidamente blancas por la dulce ladera.
Las alas de la tarde se batían dichosas
y Dios era un amigo sencillo con nosotros.

En la torre del sueño los hombres contemplaban
felizmente la vida blanquear en los campos
entre los besos húmedos del césped casi niño
que castamente daba su piel a la caricia.

La lana nos mullía amablemente todo,
la voz era en la lana una sonrisa sorda

y la luz en la lana, como la leche dulce
discurría, chorreando su paz de media tarde.

Todo era como un humo gozoso. Maduraba
la pupila del hombre sus vegetales brillos
sobre todas las cosas. La vida se tendía
como los recentales bajo el beso del cielo.

El mundo trascendía de olores campesinos:
el romero, el espliego, la mejorana, el sauco,
la galipea, el pino, la resina, la salvia,
el heno y la tibieza cercana del ganado.

El vellón de la vida nos arropaba, éramos
niños en la guedeja maternal y sencilla.
Amor no es la palabra porque el amor acaso
duele siempre y destruye con su fuego glorioso.

Los corderos dejaban su blancor por los campos.
Dios venía a nosotros. Mas ¿así nos quería?

Una ubre con leche de discordia
estaba amamantando los cachorros del hombre.

LA TIERRA

LA tierra duele. Cuando el hombre ara
clavando el corazón contra la esteva
la carne misma, de dolor avara,
recoge el propio llanto de la gleba.

La tierra duele. El hombre lentamente
rompe su corazón sobre el rastrojo.
Como el surco, la frente;
igual el pecho que el terruño rojo.

El hombre aprende aquí que Dios es duro.
Que la cizaña es mala mano verde.

Que la lluvia y el cielo son un muro
donde su angustia cotidiana muerde.

Deja un sudor feraz, un dulce canto
y unos ojos con vuelo de horizontes.
Deja la juventud vertida en llanto
sobre las eras y sobre los montes.

Recoge un pobre fruto, una cosecha
que come amargamente, que en la boca
sabe a sangre, a sudor. Y *Dios acecha*
desde la altura inmóvil de su roca.

—Señor, Señor: la tierra duele y duele
la carne, el hueso triste, la mirada.
Que la pupila desde el suelo vuele
para encontrar en Ti la mano amada.

Pero la tierra vuelve, con su peso,
con sus hoscas ortigas cenicientas.
Y el hombre arrastra el solitario hueso,
la voz, la boca, el alma ya sedientas.

LA MINA

CRUZABAN los rebaños uncidos al silencio
de los valles, tirando del tiempo lentamente.
El triste bosque rojo de la sangre dejaba
en las flautas del viento de la cumbre su llanto.

Se partía la tierra; araba el tiempo,
cansino buey de andar irremediable.
Cálidas olas iban brotando de las frentes
su salado dolor sobre los surcos.

La tierra es madre única, amante única, sólo
vientre feraz pariéndonos la vida.

El hombre la besó con labio ansioso
la morenez rugosa de su carne.

Hasta la viva entraña clavó el hombre sus dientes.
Hasta la geogénica honda matriz oscura,
se hundió el viril impulso, de espaldas a los cielos,
rabiosamente amando o buscando la vida.

Hacia la ciega patria del mineral cautivo
donde los forestales gigantes se hacen plumas
de negro sueño, bajo lomos verdes e hirsutos,
excava día a día con sus uñas el hombre.

La creta cenicienta, las jurásicas pieles,
las entrañas silúricas donde el metal reposa,
donde los materiales leñosos se destilan,
perfora con su sangre el pulso del minero.

Los ojos minerales del hombre se confunden
con la rojez del cobre turbiamente empañado.
El corazón golpea por la seca herramienta,
descubriendo en la roca una veta de angustia.

¡Qué lejos está el cielo! Dios en la azul altura,
y aquí en esta terrible maternidad del hierro
el hombre dominando un sexo monstruoso,
partero de la piedra desprendida.

La región de la turba, del lignito se venga
—madrastra, infiel amante— en los pulmones.
La hulla va calando su negra puñalada.
El plomo alza su verde resaca movediza.

Y el hombre sigue ciego, viva roca de pena,
hundiendo su alegría solar de espalda al cielo,
bajo la selva pródiga que mece el viento libre,
bajo la luz que baña día a día los campos.

EL MAR

AZUL vió a Dios el hombre, azul como unos ojos,
como unas gigantescas pupilas en la altura,
azul sobre los campos, los horizontes rojos,
azul sobre su carne, vuelta de arcilla impura.

En el azul del mar Dios se hace llanto,
se hace inmenso diluvio donde la tierra flota,
a la planta errabunda del hombre alza su canto
con una eternidad y un dios en cada gota.

Rezuma azul salado por la húmeda madera
el mar, y como escamas azules los marinos

alzan al sol sus manos en una primavera
florecida de espumas y de linos.

Campesino del mar, arando espumas,
pastor del mar, pastoreando olas,
minero de la sal y de las brumas,
jardinero de pálidas corolas.

Lejos de las raíces que lo sustentan, lejos
del techo que cobija, del fuego que congrega,
en el frío del mar un sudor de aparejos
y angustia día a día el pescador despliega.

También en estos páramos azules Dios castiga,
y también ensordece bajo el azul rugido.
En estos surcos crece también la adversa ortiga.
La miseria y el hambre aquí hacen también nido.

Dios es azul y el mar azul y suena
como la voz de Dios, cantando a solas,
pero en su oscura entraña sacude una cadena
de muerte y de dolor bajo las olas.

Dios es azul y el mar como sus ojos claros,
contemplando impasibles al hombre, triste arena.
Las olas repetidas dibujan con sus aros
las solitarias playas de la pena.

LA SANGRE

BAJO esta costra oscura en que sembramos
grano tacaño y vida generosa,
bajo este duro pecho en que soñamos
mientras crece la ortiga con la rosa,

ved la latente mano de este muerto
conduciendo tristísimos rebaños
por el frío absoluto de un desierto
de eternidad bajo los duros años.

A través de la vida, va la leva
humana tras su sangre, tras su rastro.

El rojo hierro fratricida lleva
como la herida de un errante astro.

La sangre manda subterráneamente.
Esa sangre vertida a ramalazos
arrastra, irrefrenable, honda corriente,
a unánimes regazos.

Puede ser esa sangre el puro riego
que fecunde la entraña de la tierra
o sal que torne en un baldío ciego
el huerto de la paz y de la guerra.

La sangre es cal a veces, no la sacias,
diluvio, ni volcanes su ardor tienen.
No la sepultan miles de desgracias
ni cosechas de llanto la contienen.

Es cal la sangre derramada, oscura,
es cal en nuestros huesos.
Cal en el amargor de la amargura,
cal en la tierra leve de los besos.

Nos da y nos quita luz, nos apacienta
esta sangre, pastor, muerto infecundo.
Soplo homicida y trágico la avienta
en el eterno transitar del mundo.

EL CAMINO

LA vida acaba aquí, como un camino,
aquí, en el corazón, oscura, calla.
La vida. No. La tierra. No termina.
El corazón es una piedra escasa.

Caminamos. Seguimos. ¿Desde cuándo?
¿De qué remota soledad sonámbula?
¿Desde qué edades de silencio y pena,
desde qué misteriosa y fría nada?

Señor, ¿de qué ancestrales maldiciones,
de qué coléricas palabras

tuyas, nace esta huída sin descanso
de nuestra rota planta?

Caminamos. Seguimos. Siempre vamos
con el camino sobre nuestra espalda.
Hay unos pies de plomo que nos siguen.
Otros pies que nos pesan en el alma.

Seguimos. Tú nos miras
pasar en la distancia.
A veces te haces luz, lejanamente,
luz que anuncia el hogar de la esperanza.

Mas vuelve a oscurecer. Otra vez noche.
Noche y camino y nada.
Y pasamos. La vida es un camino.
Y no hallamos posada.

LA SEÑAL

MIRAD los valles claros, los tranquilos
campos de Dios que abril puro hermosea.
Los horizontes donde azules hilos
tejen la luz, como ave que aletea.

Ved los hondos paisajes reflejados
en el humano que por ellos yerra.
Los rostros de los hombres van signados
por la limpia hermosura de la tierra.

Como estos encendidos panoramas
es el hombre, paisaje en carne ardiente.

Como al árbol, el sol dora sus ramas.
Como a la tierra, el aire da en su frente.

Sólo una lumbre extraña hay que rubrica
su mirada y sombría la convierte,
que a un tiempo lo condena y purifica:
es la roja azucena de la muerte.

LA CONDENA

AQUÍ nos vemos nuevamente,
persiguiéndonos en la distancia.
No lo sabemos y llevamos
uno contra otro la mirada.
Oscuramente se alimenta
la luz injusta en nuestras brasas,
nos ilumina oscuramente
el turbio pozo de las lágrimas.

No lo sabemos. Y pasamos
como las fieras acosadas
desde la edad de una condena
hacia el llanto de una esperanza.

Y llevamos, como una ortiga,
en nuestra carne la palabra,
la saliva irreconciliable
que por la sangre se adelanta.

No lo sabemos. Y vivimos
construyendo paredes, tapias,
tabiques, muros, que nos van
poco a poco tapiando el alma.
No lo sabemos. Y forjamos
cada día una nueva jaula.

Nos encontramos persiguiéndonos
sin saberlo. La vida pasa.
Nos trae, nos lleva sordamente.
Tristemente. Nos abalanza.
No lo sabemos. Y el amor
no encuentra patria.

EL HAMBRE

BOCA buscando vida a dentelladas,
buscando libertad, buscando aurora.
Hambre embistiendo en ciegas oleadas
que sólo pena y soledad devora.

Es la mano del hambre la que guía
este sordo destino, esta aventura
por donde el hombre asoma cada día
como una indominable dentadura.

Pan, libertad, amor, Dios, paz, olvido,
día a día buscando por sustento,

y hombre a hombre, como un niño perdido,
como un instinto de animal hambriento.

Amargo el pan, la libertad negada,
amor que es odio, paz que es turbia guerra,
seco rencor que nunca olvida nada,
Dios que desde su altura nos destierra.

Cuanto tocan los dientes con su frío,
cuanto en la mordedura se cercena,
se vuelve masa de amargor y hastío.
Sólo comemos soledad y pena.

LA LUZ

ERAN tus ojos claros así, cada mañana
mirándonos, prestándonos su país de dulzura?
Eran tus ojos claros, Señor, era tu alegre
llanto de clara lluvia.

De tus pupilas altas, para flotar ingrave
la creación, nacía el agua pura.
La tierra desnudaba paisajes transparentes,
campos bañados de azuladas músicas.

Los seres aurorales, nadadores felices
en tu líquida cúpula.

Un mundo claro, envuelto
en la dorada bruma.

Eran cristal también los hombres, eran
como esa vítrea urna.
Trascendía la luz sus corazones
hechos también de clara levadura.

La luz como una infancia que la frente
con su feliz recuerdo bese y unja.
Como una madre cuyo nombre
entrecortadamente se pronuncia.

Pero la luz un día
—oro pálido, azul de agua difusa—
tiñendo en sangre tierras, hombres, paisajes, cielos,
amaneció purpúrea.

EL AGUA

OTRO cielo es el agua, como esa hermosa mano
azul que Dios extiende, compasivo.
Otro cielo cercano
que discurre fluyentemente vivo.

Otro cielo es el agua, por el que va la nube
en un puro vellón de imagen pura,
desde el que, espuma, claramente sube,
baja la luz, cual ala de la altura.

Cielo, cristal, espada rumorosa,
acequia verde, fugitivo río,

fluyente beso al borde de la rosa,
casta doncella del amor del frío.

Plateada sombra verde,
milagro de los agrios pegujales
en los que el polvo muerde
y cobran gozo dulce de frutales.

El hombre pasa. Tierra que es sedienta
en sus labios de arena siente el frescor gozoso.
Su rayo seco y encendido aumenta
porque el agua no sacia este fuego grandioso.

El hombre pasa y mira en el reflejo,
se descubre en el líquido sudario.
Aprende a ver, al fondo del espejo,
el otro yo con quien luchar a diario.

LA SOMBRA

MADEJA oscura de silencio y pena
que se hila y se deshila tras el cuerpo,
que en las agujas de las piernas teje
a *cada paso su destino ciego.*

Madeja oscura. Sombra. ¿Huella triste del ala
del ángel libre que éramos?
Huella de opaca tierra; cadena de ancestrales
maldiciones atándonos al suelo.

El estigma sombrío de la muerte
late en su errante hielo.

Río que nos refleja en turbia imagen
de la humana figura el lado negro.

Caminamos llevando
como una herida negra de silencio
la sombra apuñalándonos la espalda
en las encrucijadas solitarias del tiempo.

La sombra es el destino
que sigue al hombre con su fatal peso.
El rencor. La miseria. La pena de sentirse cada día
desterrado del sueño.

Este errante pasar que nos lacera
la planta, el alma. Este caminar sin sosiego
bajo la luz inhóspita, acosados
por un sombrío perro.

Madeja oscura que devana su hilo
con un huso clavado en nuestro pecho.
Detrás del hombre silenciosamente
la sangre de los días va lamiendo.

EL DESEO

DESDE esta caja oscura
donde golpea un pájaro sin alas,
desde este cristal hondo donde suena
la lluvia de los días, donde el agua
del tiempo rafaguea. Desde esta
tierra oculta en que ara
la reja de la vida, donde hiere
la vida y duele y pasa.
Desde aquí dentro donde oímos
el mundo sin palabras.
Desde esta población que atravesamos siempre
perdidos y buscándonos a solas con el alma.

Desde aquí dentro.
Desde esta ciega soledad, nos manda.
Nos trae, nos lleva, dice
lo que quisiera ser luz de esperanza.
Nos sube hasta los ojos.
Nos escuece en las manos, nos abrasa
la piel. Nos siega el sueño.
Nos viste fiebre y ansia.
Y es siempre no, y es siempre
huída y sangre y nada.
Vivir es ir dejando cada día
un deseo perdido en la distancia.
Pero nos trae, nos lleva
nos gobierna su fuerza fracasada.
Nos mueve siempre este fracaso ciego.
Nos llevan siempre unas heridas alas.

EL SUEÑO

CRECEN las dulces ramas sombreando la frente,
abriendo un corazón de pájaros y anhelos.
La tierra se ha parado. No existen los caminos.
El pie que yerra siempre, encuentra aquí sosiego.

Intactos panoramas por los que se conquista
lo inaccesible. Un Génesis pequeño
comienza tras los ojos su creación efímera
de extraños e imposibles universos.

Qué luz de amor esclareciendo el alma.
Qué mar de enardecidos e insondables deseos.

Qué tierra de esperanza sin éxodos ni exilios.
Qué peces de aguas puras. Qué aves de inalcanzable
vuelo.

En las márgenes castas, recién creados seres
sin fatiga, bañados por el sueño.
Milagro que descubre la faz de la ternura
al hombre y le propaga el soplo de lo eterno.

LA VUELTA

SOÑAR. Acaso fué soñando,
acaso en sueños descubrí esta tierra.
Paso otra vez por estos hondos campos
a los que llego hoy por vez primera.
Aquel camino gris, aquellos altos
cerros en que la luz se abrasa. Aquella
colina en que la sombra pone el frío
de sus alas heridamente abiertas.
Sí, lo recuerdo, encuentro
todo lo mismo, como cuando era;
todo me habla al corazón; ya he visto
antes esas remotas y hoscas peñas.

Paisaje, luz, camino,
que miro traspasados de tristeza,
por donde nunca vine,
que no pisé jamás, guardais mis huellas
lejanas, pero ¿dónde
guardais la vida en que antes os viviera?

Nuevos caminos, campos descubiertos
por los que nuestros años van avanzando. Pesan
dentro del corazón, como remotos
panoramas a los que se regresa.

Camino, tiempo, vida.
El alma tiene
siempre esta vaga sensación de vuelta.

LOS DORMIDOS

BAJO esta mano de la noche,
bajo esta palma de silencio,
se aplasta el hombre mudamente
contra la tierra de su lecho.

Un agua oscura y densa empapa
de ceguera y mudez los cuerpos.
La carne triste de fatiga
inerte queda bajo el techo.

(Alto, muy alto, inaccesible,
brilla en su sombra astral el cielo.)

Son como bueyes en tinieblas
arrastrando pesados, lentos,
la piedra oscura que sepulta
y libera a la vez del suelo.
Bultos que grávidos se aploman,
que alados buscan patria lejos.
Carne que ciega su miseria,
que la destierra de su pecho.
Seres que abaten su cansancio
y su diario irse muriendo,
su resentida indiferencia,
su no esperar, Dios, en tu reino.

Sobre el cansancio y la amargura,
sobre el sudor, el odio, el miedo,
cae el silencio de la noche
como un vientre preñado y negro.

Hombres que aquí regresan niños
estremecidos duermen dentro.

El hondo surco de la tumba
se van labrando con el sueño.

EL LLANTO

DE pronto Dios rompió como otra vena,
como otra clara, otra encendida fuente,
propagándose en cauces sobre la triste arena,
al hondo pecho por la azul vertiente.

Y derramóse un agua como el dolor, un agua
como las azucenas del corazón sombrío.
Brilló, metal templado en honda fragua,
el pulso sosegado de su río.

Del pozo donde queda aun virginal arcilla
subió a los manantiales que reflejan la altura

y el hombre se sintió junto a su orilla
surtiendo claridades de agua pura.

Una patria de llanto Dios abría
y a ella, buscando madre, fué el hombre perseguido,
en refugios de llanto se escondía
desnudo y regresado, como un niño de olvido .

Brotaron estas aguas entre dos claros sauces.
La sombra de unas alas ya perdidas se llevan.
Reflejos de un lejano paraíso. En sus cauces
tristes rebaños sin pastor abrevan.

Arrastran huellas vivas de muertos olvidados,
rosas de soledad y de tristeza,
pájaros imposibles y sueños sepultados,
a mares donde acaba la verdad, donde empieza.

Río desde el origen selvático y oscuro,
desde el rincón primero para las soledades,
cauce desde las altas montañas, desde el duro
peñascal de la vida y las edades.

Lluvia deshabitando paisajes de memoria,
que libertad alumbra tan dolorosamente.
Junto a su clara orilla expiatoria
el hombre llora silenciosamente.

LA LIBERTAD

TODA la tierra espesa de clamores
ciega la vida, grave de hermosura,
modelándose trémula de cimas
lejanamente azules, descendiendo
hasta tibias arenas no besadas,
dormida de ternura como un cuerpo
gozosamente reclinado al borde
de los ríos, amantes sin congoja.

Toda la tierra envuelta en la radiante
y azul vida del cielo
entre felices aves sin retorno,
oreada de brisas que transitan
ignorando los pálidos metales
hondamente dormidos tras la rosa.

Toda la tierra como un verde ruido
de vida va a besar sus pies: se yergue
el hombre y solitario, mudo, mira
su alrededor de hermosos horizontes
y el alto cielo tal sus propios ojos.

En la armoniosa cárcel de su cuerpo
la libertad el hombre estrena y sabe.
Inéditos caminos a sus plantas,
la hermosura brotando de las cosas,
la música del mundo en sus oídos.
Todo en su mano y cada nuevo día
su libertad elegirá el mañana.

Libre para llorar sobre las rocas,
libre para morir sobre los campos
y para caminar hasta cansarse
o dejarse caer contra la hierba.

Libre para dejar una semilla
como estirpe abocada a igual destino.

Sobre la hermosa tierra, bajo el alto
y hermoso cielo silenciosamente
llora su triste libertad el hombre.

Y sin embargo sólo por ser libre
brilla en su pecho el corazón del día.

LA PAREJA

TENERTE cerca. Hablarte.
Y besarte en silencio.
Y sentir el contacto
caliente de tu cuerpo.
Sentir que vives, trémula,
aquí, contra mi pecho.
Que mis brazos abarcan
tus límites perfectos.
Que tu piel electriza
las yemas de mis dedos.
Que la vida se ahoga
en el hilo de un beso.

Que así, en la sombra, a tientas,
bajo la noche, ciegos,
topándonos a oscuras
mientras todo es silencio,
nos amamos y somos
casi dioses, rugiendo.

Vuelvo a palpar tu carne,
vuelvo a besarte, vuelvo
a estrecharte en la sombra
ciega contra mi pecho.
Vuelvo a sentir tu vida
trémulamente. Siento
que el desamparo pone
su soledad, su cerco,
en torno de nosotros.
El mundo está desierto.
Mudo. Tú y yo arrojados
a un destino violento,
aquí, sobre la tierra,
abrazándonos ciegos.

Y entonces te recojo,
te amparo, te sujeto,
pequeña, débil, mía,
cobijada en mi aliento,
sostenida en mis brazos,
cubierta con mis besos.

Pero mi pequeñez
en seguida comprendo.
Mi inútil protección,
castillo sin cimientos,
rueda deshecha frente
al enorme Universo.

¡Qué poco puede el hombre!
Y me refugio en medio
de tanta soledad
en tu caliente cuerpo,
para que entre tus brazos
me mezas con tu tierno
amor. Niño asustado,
busco tu amor materno.

Los dos en la tiniebla
abrazados, pequeños,
frente a la eternidad,
lloramos en silencio.

La noche continúa
mudamente cubriéndonos.

EL HIJO

QUIERO aprender a ver desde tus ojos
el mundo más sencillo, claro y bueno,
y a esperar en el sol de cada día
la nueva luz que alumbrará lo bello.
Desde la pobre tierra de mi vida,
delicado arbolillo, te contemplo
y un gozo triste el corazón me anega
y a los ojos me sube desde dentro.

Mirándote quisiera derretir
este plomo sombrío de mi pecho
y creer en la vida y en las cosas
buenas que hablan de Dios al Universo.

Desbaratar el odio como un humo
y apartar la amargura como un velo
y decir a los hombres que es hermoso
bajo el azul glorioso de los cielos
llevar como una rosa la alegría
y la esperanza, como un canto, al viento.

Entre mis brazos trigo de esperanza,
pan de alegría que labores sueño.
Sigue el agua sombría en las acequias
fugitivas del tiempo
y avanzamos los dos oscuramente
con la ilusión calándome los huesos.

Para comer este agrio pan de afanes
y después sonreírnos, ¡cuánto esfuerzo!

CANCIÓN PARA LOS OJOS DOLORIDOS

CERRAD los ojos un instante, acaso
la fiera luz, el sol los enrojecen.
Cerradlos un instante, que el sollozo
en la sombra los limpie dulcemente.

Así. La oscuridad es una madre
que nos besa en silencio, que nos mece
con blandas manos; niños afligidos
su callada ternura nos envuelve.

La fiera luz, el polvo amargo y seco
en las pupilas duele.

Llevamos tánto tiempo con los ojos
desmesuradamente abiertos siempre.

¿Quién restregó en los párpados ortigas
y disolvió en la luz la sal caliente?
La mirada nos sangra, y proseguimos
mirando hasta la muerte.

¡Los sueños! No consuelan.
Se sueña con los ojos abiertos y perennes
las pupilas bostezan su congoja
contra el hosco fulgor de las paredes.

Alerta, insomnes, en feroz acecho
la vida nos mantiene.
Acaso en el principio fué una pupila enorme
abierta contra un aire rojo de arena y fiebre.

Venid, cerrad un poco los ojos desgarrados
tras de la mano leve
del olvido. En el fondo del alma el hombre un bálsamo
de olvido y de ternura infantil tiene.

Cerradlos y miraros
dentro del pecho, cual si niños fuéseis.
Una mano de madre acaso acuda
a poneros un dulce y buen aceite.

Sentaos como niños en el suelo
y llorad largamente,
como cuando jugando se os metía
una chinita leve.

Sentaos y escuchad; acaso un canto
en vuestro oído suene,
como aquél con que madre requería
al sueño que en la cuna nos sosiegue.

¡Tánto tiempo los párpados abiertos!
¡Tánta sal los escuece!
Nos raya las pupilas toda
la ceniza del Miércoles.

Venid. Cerrad los ojos un instante.
¿Qué implacable mandato abiertos los sostiene?
Así; la oscuridad es una madre
y nos besa en silencio dulcemente.

REFUGIO

NOS quedas tú, que eres la sombra
buena, la dulce mano amiga,
el escondido brazo amante
que nos enlaza por la vida.
Nos quedas tú, mano invisible
que mudamente nos vigilas,
que nos enjuga este sudor
amargo y triste cada día.
Nos quedas tú, sólo recuerdo
pero caliente copo que hila
la dulce lana del olvido
y el fresco lino que mitiga

como pañuelo de Verónica
el dolor de la faz herida.
Nos quedas tú, cielo tranquilo
al que volvemos las pupilas
cuando miramos y no vemos
más que erial de roja ortiga.
Nos quedas tú, tu pura agua
para beber cuando las guijas
secan y ciegan los arroyos
y la boca nos sabe a acíbar.
Nos quedas tú, tu soledad
que nos acoge compasiva,
nos queda al menos tu ternura
a la que vuelve el alma niña,
con sed de madre, de sentirse
en unos brazos suspendida.
Acógenos. Sólo nos queda
el ala azul de tu caricia
desde la sombra, para ver
si nos alzamos todavía,
si remontamos, torpemente,
si es que tu pluma nos auxilia.

Tú nos conoces, nos perdonas,
dices «acaso fué la vida».
Nos quedas tú, que con amor,
desde las sombras aún nos miras.

LA SALVACIÓN

CUÁNDO podremos liberarnos, cuándo
tu roja sombra
dejará de pesar en nuestra espalda
por donde siglo a siglo se desploma?

¿No hay tierra que te cubra?
¿No hay mar de llanto y pena que te absorba?
¿Qué yedra de milenios te volviste
que a los huesos ferozmente te enroscas?
¿Qué saliva tragaste
que escupe siempre nuestra boca?
Siete veces tu muerte
vengamos cada hora.

¿Cuándo bebemos toda la venganza
y rompemos la copa
con uñas, dientes, puños, corazones,
niños, amor y rosas?

Sigues resucitando en cada pecho,
en cada mano estéril y opresora,
y amasando rencor y pan y pena,
preñando vientres de rencor y sombra.

Sigues siendo aquel mismo hueso triste
en el hierro y la pólvora.
Sigues siendo la errante planta en este
éxodo de miseria y de congoja.

¿Cuándo podremos liberarnos, cuándo
lograremos saberte, vida, hermosa,
como cada mañana naces, pura,
del fértil valle de las sombras?

¿Cuándo arrancamos esta yedra, cuándo
levantamos los hijos como trozos de aurora
y cosechamos luz y amor y hacemos
la vendimia en la vid de la victoria?

Vamos a deshacer la guerra, vamos
cenitales, bajo una luz gloriosa,
a salvar la alegría,
a ser hombres sin sombra.

EL PATRIMONIO

SORDAMENTE lo digo, sordamente,
aferrado con rabia a estas raíces.
Mía esta tierra, mía esta simiente.
Mío este llanto y estas cicatrices.

Mía esta estepa en llamas y estos fríos desiertos.
Míos los arrecifes de esta espesura verde.
Mía esta roca viva y este escombro de muertos
donde se gana el pan, donde se pierde.

Mía la soledad de esta llanura,
mío el rencor de esta cizaña, mía

la adustez del berrueco que en la altura
las pupilas del cielo desafía.

Esta tierra violenta, este destierro es mío.
Lo defiendo con uñas y con dientes.
Con rojo llanto y negro escalofrío
lo ganaron mis gentes.

Esta es la vieja tierra que amasaron las manos
de los muertos, que hollaron sus pies y que sus ojos
copiaron hasta el fondo de horizontes lejanos;
que mordieron sus dientes en los agrios rastrojos.

En esta tierra mandan
con oculto mandato de sombras minerales,
muertos que bajo el frío de esta corteza andan
en cálido vigor de acentos vegetales.

Esta tierra se forja en oleadas
de humanos cuerpos en su vientre hundidos.
Seres con esta misma sed y estas miradas
y estos súbitos sueños afligidos.

En ellos tengo estirpe y a ellos suena
mi solitario corazón, y sigo
levantando silencios de ansia y pena
mientras la luz futura va conmigo.

Este es mi edén, mi mundo,
mi cárcel, mi paraíso, mi congoja.
Mi agua y mi sed. Mi carne. Mi fecundo
campo. Mi estil llanura seca y roja.

Aquí está el árbol hondo de deseos y sueños
y el surco donde acaso se pudre el pan temprano.
Y está un rebaño pobre en apriscos roqueños,
y hasta el hueso sombrío acechando al hermano.

Aquí está el paraíso de las rosas
y el destierro del cardo y de la ortiga.
Y el cielo del amor que aún alienta en las cosas
y el infierno del odio, como una mala espiga.

Este es mi edén; la tierra que me gano.
La tierra que nos come poco a poco y nos gana.
La que vemos hermosa y azul bajo el verano
y hermosa y triste vemos una blanca mañana.

ÍNDICE

Nace la luz... 9
El rebaño 11
La tierra 13
La mina 15
El mar 18
La sangre 20
El camino 22
La señal 24
La condena 26
El hambre 28
La luz 30
El agua 32

La sombra 34
El deseo 36
El sueño 38
La vuelta 40
Los dormidos 42
El llanto 44
La libertad 46
La pareja 48
El hijo 51
Canción para los ojos doloridos 53
Refugio 56
La salvación 58
El patrimonio 60

ESTE LIBRO, «EL EXTRAÑO», DE LEOPOLDO DE LUIS,
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA VEINTICUATRO DE
SETIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS CINCUENTA
Y CINCO, EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS
ORBE, PADILLA, 82, MADRID, Y ES EL VOLU-
MEN SEGUNDO DE LA COLECCION ÁGORA

PUBLICADO EN ESTA COLECCIÓN

Luis López Anglada

ELEGÍAS DEL CAPITÁN

15 pesetas.

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

Concha Lagos

LOS OBSTÁCULOS

15 pesetas.

y otros títulos de José García Nieto, Gabriel Celaya, Manuel Alcántara, Gerardo Diego, Eugenio de Nora, José M.ª Requena, José Hierro, Ramón de Garcíasol, Rafael Millán, Vicente Núñez y otros.

ÁGORA